

trinitarios, los premonstratenses, los canónigos reglares y otros, que todos á aun tiempo y como á porfia volvieron, si no á la severidad de la regla primitiva, á lo menos á una observancia en que el religioso podia distinguirse todavía del piadoso lego con notable ventaja. Hasta los solitarios comparables en otro tiempo con los ángeles terrestres de Tabena y de Scitia, y comparados despues con los faunos y satiros cuyas guaridas eran el terror de la honestidad, desterraron á lo menos el escándalo de sus casas, y empezaron á vivir de un modo que solo podia desearse la perseverancia.

Tal fue el influjo de la disciplina de Trento aun en las naciones que no se habian sujetado á ella, ó que á lo menos no la habian admitido de un modo legal. ¡Pero qué feliz revolucion no produjo en el centro de la unidad católica, en la iglesia romana, en la curia pontificia, que en aquella época adquirió un desinterés, una conducta y costumbres, una decencia y dignidad en que la censura herética y la malignidad secular no hallaron que reprender sino algunos defectos inseparables de la humanidad! ¡Qué revolucion no produjo en lo restante de Italia, la cual no se parece ya á sí misma despues de esta regeneracion, y á lo menos no presenta ningun rasgo de las horrorosas pinturas que hicieron de ella los primeros protestantes! ¡Qué mudanza, particularmente en Milán, por los esfuerzos del gran Borromeo, su mas fiel intérprete, y por medio de sus admirables concilios, cuyos decretos admitidos en todas las iglesias celsas de su verdadera gloria, han adquirido en ellas una autoridad equivalente á la de las leyes nacionales! En Portugal concilió gran respeto á las decisiones de Trento la brillante proteccion del piadoso Rey D. Sebastian: en España y aun en las estremidades

del otro hemisferio la adhesion sincera y práctica de los concilios provinciales de Toledo, Zaragoza, Valencia, Salamanca, Malinas para los Paisés-Bajos, Méjico y Lima para las dos mitades del nuevo hemisferio: en Polonia y en Alemania que era el foco de la heregía, ó á lo menos en una gran parte de ella, los concilios de Maguncia, Tréveris, Colonia y Augsburgo.

En fin, ¡qué frutos de bendicion no produjo la reforma de Trento aun en Francia, donde sin haber sido recibida jurídicamente, se observa con grande exactitud! Basta recorrer los concilios que se celebraron con este motivo en Rems, en Burdeos, en Tolosa, en Bourges, en Aix y en Tours, para convencerse del celo de los preladados franceses por poner en vigor todos los puntos importantes de la disciplina de Trento ¡Qué instancias tan vivas y tan repetidas hicieron en la corte para librar á la iglesia galicana de una escepcion que en cierto modo les parecia injuriosa á su celebridad y fama! Ya hemos visto que no pudiendo conseguir lo que deseaban, se reunieron en número de cuarenta y cinco obispos, siete arzobispos y tres cardenales, y se obligaron con juramento á observar y hacer que se observasen todos los decretos de Trento que no fuesen contrarios á los derechos y á los usos legítimos del reino. Los arzobispos de Rems y de Burdeos en particular, esto es, los cardenales de la Rochefoucault y de Sourdis, llamados los dos Borromeos de Francia, congregaron el clero de sus diócesis, y prescindiendo de todo respeto humano, hicieron que se declarase que en lo sucesivo era obligacion de conciencia observar todas las disposiciones del santo concilio de Trento, con la reserva ordinaria de los usos del reino.

Pero la misma corte fue por último la que hizo que se

admitiesen en Francia la mayor parte de los decretos importantes de la disciplina de Trento, no en virtud de las decisiones de este concilio (las cuales solo corren allí en cuanto al dogma), sino á consecuencia de los edictos del Príncipe, contando desde la célebre pragmática de Blois hasta la de 1695, que es la mas esencial; y en fuerza de muchos reglamentos hechos por los obispos y autorizados por los parlamentos.

¿Quién será, pues, el que deje de conocer la abundancia de las bendiciones que derramó el Señor sobre su Iglesia en la última edad, tan deplorable á los principios, venciendo tantos obstáculos naturalmente insuperables, y aun valiéndose de estos mismos obstáculos, los cuales en sus manos se convertian en nuevos y eficaces recursos? ¿Quién podrá dejar de conocer la obra de Dios en el santo concilio de Trento, obra visiblemente divina por las contradicciones á que estuvo espuesta, y por su prodigiosa fecundidad en frutos de salvacion? Para convencerse de este punto, no se necesita mas que comparar los dos estados en que se halló la Iglesia antes y despues de este concilio. Limitemos esta comparacion, porque ya es tiempo de concluir; limitémosla al gobierno eclesiástico solamente. Antes de la reforma de Trento, y hasta que se pusiese en egecucion, estaban las iglesias sin pastores, especialmente en Francia, durante el reinado del último de los Valois; los conventos sin religiosos, los sacerdotes seculares y regulares sin disciplina. Las abadías, las colegiatas, los obispados estaban en manos de oficiales militares, los cuales decian mi obispado, mi abadía, mis curas y mis frailes, como si dijesen mis caballos y mis criados. Trastorno tan distante de lo que vemos en el estado actual de la Iglesia, y tan ageno de nuestras ideas, que se tendria por una hipérbole de

declamador, si no se confirmase con hechos positivos. Pero consta por todos los monumentos que en cerca de ochocientas abadías que habia en aquel tiempo de nombramiento real, no se hallaban cien abades entre comendatarios y regulares, y aun la mayor parte de ellos no eran mas que unos sustitutos de los caballeros legos, quienes en efecto disfrutaban sus rentas.

Por poco que se atienda á esta enorme diferencia, es decir, al estado de la Iglesia en la última edad antes y despues del concilio de Trento; no será preciso convenir con lo que dejamos dicho, de que en la Iglesia, diferente en todo de las instituciones humanas, cuanto mas estremado es el menoscabo, tanto mas próximo está el restablecimiento? Fue éste igual á la decadencia; de suerte, que desde la reforma de Trento, podria muy bien, por varios títulos, compararse con el estado floreciente de su primera edad, ó á lo menos con una parte muy principal de ella. ¿Cuánto podriamos decir, si este vasto asunto no ofreciese por sí solo abundante materia para muchos discursos? ¿Cuántos santos ilustres y dignos de los tiempos apostólicos han vivido aun en nuestros tiempos? ¿Cuántos fieles de una virtud sublime, de una piedad sincera, perfectos adoradores en espíritu y verdad, rígidos cumplidores de todas las obligaciones, emuladores de todo lo bueno, inmobiles contra el torrente de la perversion, y que con su egeemplo ofrecian preservativos contra todos los escándalos? Sin duda alguna se les hubiera colocado en el catálogo de los Santos en aquellos tiempos en que la voz del pueblo se miraba como voz de Dios. En cierto modo eran sus virtudes mas admirables que las de los primeros siglos, aun cuando fuesen menos brillantes, como que estaban espuestas á unas pruebas mas delicadas. Tal es, para reducirme á la mas visible, la

licencia y desenfreno de la impiedad, muy comprimida en tiempo de los Emperadores y de los primeros Reyes cristianos; desencadenada, aunque sin gran peligro, en tiempo de los Príncipes idólatras; pero de unas resultas fatales en los gobiernos cristianos de la edad presente. Dirigida, pues, esta misma impiedad por la mano de aquel que sabe sacar el bien de los mayores males, contribuyó á bosquejar, por decirlo así, el restablecimiento, suavizando las costumbres, exaltando continuamente la humanidad, la generosidad y la probidad que para ella no eran mas que unas meras palabras, y recomendando la caridad con los nombres de sensibilidad y beneficencia.

Sin embargo, continuaba prevaleciendo el mal mas que el bien, y el vicio mas que la virtud. ¿Pero no sucedió así en la edad mas decantada, esceptuando únicamente los tiempos apostólicos? Luego que fallecieron los primeros discípulos que habian conversado con el Hijo de Dios, y cuya autoridad servia de freno á la indocilidad del espíritu y de las pasiones humanas, se levantaron enjambres de hereges ó de corruptores, nicolaítas, ebionítas, marcionítas, cerintianos, valentinianos, y para nombrarlos todos de una vez, gnósticos abominables aun á los mismos paganos, en cuyos ánimos escitaron unas preocupaciones muy funestas para los verdaderos hijos de la Iglesia, con los cuales se los confundia. En los tiempos mas hermosos de los mártires, se vé por las exhortaciones y reprensiones de San Cipriano á su pueblo, que el peligro próximo de morir en un cadalso no libertaba á los fieles de todas las flaquezas ni de todos los excesos. En los tiempos luminosos de los Ambrosios, Jerónimos, Agustinos y Crisóstomos; qué maquinaciones tenebrosas, qué violencias, egercidas en particular contra el mas elocuente

de estos padres, por Teófilo de Alejandría, y por todo un concilio que sirvió de instrumento á su orgullo y á sus celos! En las soledades de la Siria, comparables con las de la Tebaida, se vieron aquellos ángeles terrestres, de los cuales poco antes no era digno el mundo, transformados de repente en guerreros ó en asesinos, y la laura del gran San Sabas convertida en plaza de armas, y teñida con la sangre de sus discípulos, sitiadores y sitiados. Pero en el origen de la Iglesia ¿no hemos oido al Apóstol de las naciones reprender á los cristianos de Corinto por unos delitos desconocidos entre los infieles, y declamar en mil ocasiones contra los falsos hermanos que solo gustaban de las cosas terrenas, y que no tenian mas Dios que su vientre, siendo enemigos declarados de la cruz de Jesucristo y verdaderos apóstoles de Satanás? Quejas tan justas, que como dice San Clemente Papa, estos hermanos pérfidos causaron la muerte del Príncipe de los Apóstoles y del Apóstol de las naciones.

No por esto pretendemos comparar los últimos tiempos con los tiempos apostólicos, ni hacer un paralelo exacto entre esta última edad y las precedentes. Nuestro único objeto es precaver á los menos cautos contra las declamaciones de los sectarios, que ensalzando con afectación la pureza de los tiempos primitivos, y disminuyéndola hasta los presentes con unas gradaciones tan malignas como imaginarias, quieren dar á entender, como se han explicado algunos sin rebozo, que la Iglesia católica, este rio tan magestuoso y puro en lo antiguo, no lleva ya mas que un cieno inficionado, en lugar de aquellas aguas saludables. ¿Y quiénes son estos declamadores importunos? Los discípulos paliados de aquellos pretendidos reformadores, á quienes vimos destruir el dogma y la moral, la fe, la disciplina y todas las virtudes.

Detestemos, pues, eternamente estos principios subversivos, y todos los velos p[er]didos con que se pretende insinuarlos. No perdamos de vista ni por un momento las máximas fundamentales y los principios inmutables de la fe cristiana. Todos los hombres habían muerto en Adán, y las inclinaciones del hombre desde su infancia se dirigían al mal. Por consiguiente, en todos tiempos ha sido necesario violentarse para conquistar el reino de Dios; y el que vino á buscar, no á los justos sino á los pecadores, nos enseña de mil modos esta verdad. Además de las persecuciones y violencias, fue preciso que sufriesen los fieles la prueba mucho mas terrible de las lecciones y ejemplos de seducción. En una palabra, la vida del cristiano en este mundo es de tal manera una guerra continua, que la Iglesia de que es miembro se califica con el título de militante.

En el gran número de siglos en que acabamos de presentarla en todas sus situaciones, esto es, por espacio de mas de mil seiscientos años, la hemos visto siempre acometiendo ó acometida, haciendo los mas penosos esfuerzos, ó padeciendo los mas terribles asaltos para establecerse, para estenderse, para sostenerse y para reparar sus pérdidas. En el espacio de tres siglos consecutivos estuvo espuesta al poder y violencia de los romanos, al orgullo insultante de los falsos sábios de Grecia, á la antipatía cruel de los persas impuros, y á la atroz barbarie de los estados informes, para quienes no era menos extraño el órden público que las buenas costumbres. Corrieron de su seno rios de sangre, se sacrificaron doce millones de hijos suyos, infamaron sus misterios, y se trató de quimérica y extravagante la pureza sublime de su moral; pero su moral y sus misterios fueron al fin abrazados por aquellas mismas naciones, estremecidas

y admiradas de su propia mudanza. Los sábios de la Grecia y del Areópago enmudecieron en presencia del curtidor de Tarso y de los pescadores de Tiberíades; los Césares adoraron la cruz que antes los había horrorizado, y la semilla mas fecunda del cristianismo fue la sangre de los mártires, que parece debia haberla sofocado.

En los cinco ó seis siglos siguientes tuvo que luchar la Iglesia contra una nube de bárbaros vomitados desde las estremidades del norte y del medio-dia hasta el centro de sus mejores posesiones, y contra la ignorancia, consecuencia inevitable del tumulto y disturbios que causaron por todas partes, de los sobresaltos que se renovaban todos los dias, de una vida perpetuamente errante y fugitiva, de la destruccion de las leyes, y de la infraccion de todos los lazos de la sociedad; pero triunfó de los bárbaros que habían triunfado de los señores del mundo, y los convirtió en sus mas celosos defensores: halló armas poderosas contra la ignorancia en el tesoro de la tradicion, donde, como en un arsenal preparado para los tiempos peligrosos, si podemos esplicarnos así, se habia puesto en depósito la superabundancia de las producciones luminosas de los muchos doctores ilustres que habían escrito en los siglos cuarto y quinto, esto es, inmediatamente antes del peligro que se presentaba. En cuanto á sus nuevos hijos, ó para los nuevos bárbaros regenerados, halló lecciones acomodadas á su corta capacidad, en los ejemplos de una multitud extraordinaria de Santos de todos estados, los cuales les hablaban á los ojos, y fueron suscitados por una providencia singular durante las tinieblas del siglo diez mas que en ningun otro de aquellos siglos; y aun en los limitados alcances de aquellos neófitos encontró un preservativo tan poderoso

contra la heregía, que no hubo ninguna en todo este siglo, el mas aborrecido de todos. Por efecto de una providencia no menos señalada, en nada disminuyeron su autoridad los Pontífices poco recomendables que por el mismo tiempo ocuparon la Silla de San Pedro. ¡Ojalá no se hubiera tratado entonces de estender su poder á las cosas perecederas y terrenas que no son de su inspeccion, y que solo sirvieron despues para debilitarla, en vez de aumentar su fuerza!

En los tres siglos que se siguieron á la edad de la barbarie, se olvidaron y se miraron con tedio las prácticas mas saludables y aun las obligaciones mas graves y sagradas, por consecuencia de una relajacion letárgica, procedida del abatimiento causado por unas conmociones tan violentas, y de una depravacion casi imperceptible en sus progresos sucesivos, y mucho mas peligrosa que los ímpetus repentinos de las pasiones desenfrenadas, junta con la inestabilidad que es tan natural al hombre. Se prefirieron las peregrinaciones, y en especial las que iban acompañadas con las armas, á las obras de humillacion y á los cánones rigurosos de la penitencia. La residencia episcopal, basa de toda la disciplina, llegó á ser casi arbitraria en las sillas mas principales; y aun los sucesores del Príncipe de los Apóstoles fijaron su residencia muy lejos de donde él habia establecido su Cátedra. De aquí las quejas y la indocilidad de los pueblos; los excesos é invectivas contra los pastores; los clamores de la reforma contra la depravacion de la Cabeza y de los miembros de la Iglesia, en fin, los cismas y heregías, pero heregías de un carácter tan maligno que no se habian visto otras semejantes desde el origen del cristianismo; en una palabra, aquel peligro extremo en que no podian menos de prevalecer las puertas del infierno, si lo sumo

del peligro en este género no anunciase la proximidad del remedio, como se ha demostrado en toda la série de esta historia y del presente discurso: de donde debe haberse inferido, que la mejor apología de la Religion no consiste en las obras polémicas y contenciosas, que por lo comun solo producen encono y obstinacion, sino en la sencilla esposicion de las obras y máximas que pertenecen verdaderamente á la Iglesia. La Iglesia por sí sola, bien conocida y presentada, será siempre su mejor defensa.

Una institucion tan sublime, anunciada por hombres tan humildes, combatida de tantas contradicciones, y abrazada tan generalmente; agitada con tanta violencia, espuesta al mas próximo peligro de perecer, y restituida de repente á su primer esplendor, no puede menos de ser obra de Dios. Tal la ha demostrado, aun al observador menos perspicáz, la constante marcha que la hemos visto seguir por mas de diez y seis siglos, la que seguirá indefectiblemente hasta la consumacion del tiempo. Cuando los hombres, obcecados por sus propias pasiones en el vicio y en el error han resuelto perderse y morir, la Iglesia ha gemido, es cierto, pero no ha dudado un momento sobre el partido que debia tomar, esperando solamente de Dios el lenitivo al dolor que la aquejaba. Esto mismo es, no dudamos asegurarlo, lo que se cumplirá en todas las generaciones venideras. Si nuevos trastornos agitan al mundo, la Iglesia se retirará del movimiento de la sociedad humana, apretará los lazos de su unidad, mantendrá en su seno por el libre y esforzado ejercicio de su autoridad divina el orden y la vida; nada temerá ni esperará de los hombres, y aguardará en paciencia á que Dios decida de la suerte del mundo. Si entra en sus impenetrables designios que renazca, despues de espantosos desórdenes y de males inauditos,

cansados de sufrir los pueblos alzarán los ojos al cielo, y le pedirán que los salve; y con los restos esparcidos de la sociedad antigua se formará otra Iglesia nueva, semejante á la primera en todo lo que toca al órden fundamental, pero diferente en lo que varía con los tiempos. Mas si llega entretanto el fin á que está condenado el mundo, en vez de juntar las ruinas y huesos de los pueblos y de volverles la vida, la Iglesia pasará por encima de ellos, y entrará en la morada que la está prometida, cantando el himno de la eternidad.

APÉNDICE

AL LIBRO SEPTUAGÉSIMO-SEGUNDO.

Observaciones sobre el origen y progresos del calvinismo en Francia.

La pintura que nos hace el abate Berault-Bercastel al fin de este libro, de la decadencia del calvinismo, ó sea del partido de los hugonotes en Francia, despues de la toma de la Rochela y de los repetidos golpes que le dió el gran cardenal Richelieu, induciria fácilmente á cualquiera á creer que la secta quedó de todo punto destruida en el reinado de Luis XIII. „Los grandes, que fueran antes el apoyo del partido, dice el canónigo de No-yón, la nobleza ordinaria y los ciudadanos de todas clases, se desprendieron insensiblemente de la secta fatal, de suerte que no tuvo que hacer el siguiente reinado mas que arruinar sus templos.” Estas palabras, tomadas en el sentido riguroso que naturalmente arrojan de sí, hacen concebir la idea de que durante el gobierno del cardenal ministro quedó reducida la heregía á las fábricas materiales de sus templos, y á un corto número de secuaces pertenecientes á la clase ínfima y mas ignorante de la sociedad; es decir, á un estado tan insignificante, que nada se pudiese ya temer de ella en lo sucesivo. Sin embargo, dista tanto esta idea á nuestro juicio de la verdad histórica, quanto estamos

convencidos de que el calvinismo, aunque humillado por Richelieu y por Luis XIV, nunca abandonó el campo de batalla, sino que fortaleciéndose mas y mas cada dia, ya entre las tinieblas, ya á presencia y noticia del gobierno, llegó por último á alcanzar una completa victoria en la revolucion de 1789. Y para que no pueda presumirse que nuestra opinion carece de fundamentos, presentaremos las siguientes observaciones sobre las principales épocas del calvinismo, estractadas de la apreciable obra que escribió el sábio abate Don Lorenzo Hervás y Panduro sobre las causas de la revolucion de Francia.

PÁRRAFO PRIMERO.

Origen del calvinismo.

En la relacion histórica del abate Bercastel, y mas claramente aun en su discurso sobre la última edad de la Iglesia, hemos visto cuáles fueron las circunstancias y la causa que dió origen al tumultuante calvinismo. Apareciendo bajo el fingido y especioso nombre de reforma, pretendió reformar, ó mas bien destruir, los dogmas especulativos del catolicismo, los santos sacramentos y la gerarquía eclesiástica, que redujo á solos clérigos sujetos á la potestad temporal en todos sus egercicios espirituales. Pero no contento con introducir la confusion en la Iglesia y con arruinar el altar del verdadero Dios, alzó su mano asoladora contra toda potestad; y á la manera que en los artículos de su creencia anumeraba el de oponerse á toda autoridad espiritual, así en sus leyes y ordenanzas prescribia las revoluciones y alborotos contra el poder. Así es que desde su primer origen dió,

como frutos propios, principio á las rebeliones en Francia, las promovió en sus progresos, y las ha continuado siempre. En efecto, el mismo Calvino al empezar á publicar su reforma ó nueva doctrina, confiesa, que ella habia ocasionado tumultos. En su obra de las instituciones cristianas, que escribió de veintisiete años, y dedicó al Rey Francisco I de Francia, haciendo apología de su doctrina, despues de haberle dicho que en su reino la verdad no hallaba lugar alguno, se hace la objecion de los que decian, que por los frutos ó efectos se conocia su doctrina, pues que habia causado tantos alborotos y tan viciosa libertad. A esta objecion que Calvino se hace, responde no negando los alborotos y tumultos, sino diciendo que éstos provenian de la oposicion del diablo á la verdad divina, la cual nunca se publica y propaga durmiendo el diablo; y que por esto al principio de la Iglesia movió el diablo tantas persecuciones contra el cristianismo.

Si valiera en juicio esta respuesta de Calvino, todos los sediciosos y revolucionarios serian declarados inocentes y aun virtuosos. Es cierto el proverbio que dice: *odium parit veritas*; y por esto la verdad cristiana fue y será perseguida en el mundo; pero los que profesan esta verdad, sollevan las persecuciones, mas no promueven sediciones y revueltas, como en todos tiempos los calvinistas, segun el farisáico espíritu de su heresiarca. Para conocer claramente este espíritu basta observar con atencion las dos cartas que escribió Juan Calvino, en 8 de Mayo de 1547, y en 8 de Setiembre de 1561, al marqués de Poet, publicadas en 1791 por Mr. de Launai, conde de Entragues, en las que se descubre el verdadero carácter de los maestros del error, que se oculta siempre á los ignorantes que siguen